

de España al Canal interoceánico, á pesar de no haberse dignado Mr. Lesseps invitar á nuestro país, como habia invitado á otras naciones, que nada han hecho en pró de la civilización de las Repúblicas americanas, á quienes interesa ver terminada la gran obra emprendida en el istmo.

Del 20 al 21 navegamos con viento flojo del NO., mar más gruesa, cielo con celajería y horizonte cubierto. La presión atmosférica fluctuó entre 756 y 757 milímetros; la temperatura máxima no excedió de 23 grados, ni la mínima bajó de 21.

En la madrugada del 22 nos despertó uno de los más fuertes balances que habíamos experimentado durante la noche, y advertimos que algo extraordinario ocurría cerca de nuestro camarote.

—Me muero! Perdón, Dios mio!—exclamaba una voz con acento dolorido.— Me ahogo! Aire, aire!

Estos quejidos y estas exclamaciones se repitieron durante algunos instantes.

Nos levantamos y nos dirigimos al punto de donde partían aquellos gritos de agudo dolor, encontrándonos al llegar á la repostería de popa con el siguiente cuadro:

El camarero Segundo Vazquez Baliño hallábase sentado en una silla situada cerca de la puerta de entrada á dicho local, sostenido por otro de sus compañeros, acometido de un fuerte ataque de disnea.

La situación del infortunado Vazquez no podia ser más desconsoladora; un sudor frío bañaba todo su cuerpo; sus brazos buscaban con ansiedad un punto de apoyo para hacer más enérgica la respiración y lograr vencer el insuperable obstáculo que impedía la entrada de aire en los pulmones; sus labios estaban lívidos y su nariz y su boca forzadamente abiertos, pintándose la ansiedad, á la vez que el espanto, en su fisonomía.

Rodeaban al infeliz enfermo el médico de la Comisión, don

Luis Vidal, el practicante del buque, el mayordomo Sr. Martínez y algunos otros, procurando animarle con palabras adecuadas á lo extremo del caso, á fin de reanimar su espíritu, que decaía visiblemente con extraordinaria rapidez, al propio tiempo que se le prestaban los escasos recursos con que la ciencia cuenta para atacar tan gravísima dolencia. Esta adquirió tal incremento, que resultaron inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para salvar al paciente. El pulso se debilitaba y desaparecía, la respiración resultaba horriblemente anhelosa y el aspecto general era tan grave, que á los diez minutos de presentarse el ataque con todos sus caractéres habia dejado de existir el infeliz Vazquez.

Por aprisa que se avisó al cura, éste llegó tarde para prestar al enfermo los auxilios de la religión.

Cuando la mayoría de los expedicionarios despertaron, estaba ya el cadáver envuelto en una lona cosida, á manera de funda, y depositado en un rincón de proa; pero la triste noticia se propagó con la rapidez del rayo, y todos, absolutamente todos, sintieron la muerte del camarero que la noche antes habia servido la mesa y que contaba con las simpatías de todos por su carácter afable y servicial.

La tristeza duró todo el día á bordo.

En el preciso instante en que dió el barco una violenta cabezada, paró súbitamente la máquina y oyéronse fuertes gritos. El bravo capitán lanzóse á la carrera hácia el punto de donde habian partido, y desde allí ordenó con ademán imperioso y voz imponente que bajara á la máquina todo el personal de la misma.

La inquietud reflejábase en el semblante de todos los viajeros.

Los que temian la posibilidad de una explosión se apresuraron á situarse á la mayor distancia posible de las calderas, y los que, como nosotros, presumian que teníamos fuego en el *Magallanes*, se consideraban felices, dado lo grave

de la hipótesis, con tener á la vista otro barco mercante que, en caso de apuro, nos prestaría auxilio.

Las angustias y los temores se calmaron al saber que el contratiempo no tenía importancia, pues consistía en haberse recalentado una de las piezas de la máquina. Abrióse la válvula de seguridad, dióse fuga al vapor, que podía constituir un grave peligro, y prosiguió el buque su marcha tan luego como todo estuvo listo.

No tardó en presentarse la noche, y se aprovecharon las primeras sombras de la misma para proceder al sepelio del cadáver. Hallábase éste colocado sobre una tabla y tenía fuertemente atados á las piernas dos gruesos lingotes de hierro, á fin de que al ser echado al agua se precipitara en la profundidad del mar, que en aquellas latitudes no bajará de 2.500 metros.

Nuestra inclinación irresistible á presenciar el suceso dominó la flaqueza y el apocamiento que sentíamos por causa de no estar la mar tranquila, y permanecimos en la proa desde que principió la ceremonia hasta el fin del fúnebre espectáculo.

No hay nada más triste. Unos cuantos marineros, con bombillas encendidas, formaban el sombrío cortejo, cuando el cura, vestido con sotana, estola y bonete, fué á proa á rezar un responso por el alma del difunto.

El cielo hallábase encapotado, y con frecuencia nos bañaba la rociada de alguna ola ó la lluvia menuda de las nubecillas que entoldaban el horizonte.

La oficialidad del buque y la Comisión expedicionaria se colocaron en el puente, y la marinería en los sitios designados por el capitán.

Al empezar el responso, el contramaestre Jaime, marinero viejo, muy apreciado por lo inteligente é infatigable, avisó con una campanada que era llegado el momento de orar por aquél cuyo cuerpo iba á ser sepultado.

Terminada la oración, mandó el capitán que parase la máquina, en señal de respeto, y enfrenado el andar, dió comienzo el fúnebre acto.

Cuatro fornidos marineros levantaron el cadáver y le pusieron sobre la mura de babor; un segundo despues se oyó el choque del cuerpo inerte arrojado al agua, y desapareció con la velocidad que lanzan sus proyectiles las piezas de cien toneladas.

La sepultura no puede ser más majestuosa. ¡Pero qué triste debe ser morir en tales circunstancias!

No queremos entristecer el ánimo de nuestros benévulos lectores con las consideraciones que se nos ocurren.

El camarero Felipe Caño, compañero y amigo del difunto, no pudo contener su emoción, y lloró como un niño. Los demás nos fuimos á popa, dominados por la tristeza y con el corazón oprimido.

Allí procuró el capitán distraernos refiriendo sucesos ocurridos en las tempestades del mar, y cuando más atentos estábamos oyendo tan interesante relato, nos sorprendió la aparición de una intensa luz, cuyo colorido pareciase á las de bengala, pero extraordinariamente más potente, la cual, rasgando unas nubes é iluminando otras, recorrió larga distancia.

Era un bólido. El capitán nos dijo que en los 18 años que llevabá navegando jamás habia visto fenómeno tan luminoso.

Aquella noche ninguno de los viajeros rindió culto á la música, ni se entretuvo al tresillo, ni al ajedrez.

Nos encontrábamos á 21° 10 N. de lat. y 45° 24 O. M. San Fernando. Marchábamos á toda máquina.

En la mañana del 23 se dijo una misa á bordo por el alma del camarero que habia muerto. La tripulación vestia uniforme de gala.

No sin dificultades cumplió el sacerdote su cometido, puesto que durante la ceremonia empujó el viento con bastante fuerza y estuvo en muy poco que alguno de los balances derribara el cáliz y echara al suelo el misal. Un marinero sostenía éste y otro la sagrada copa.

Después de la misa se rezó un responso.

Los dos días que precedieron á nuestra llegada á Puerto-Rico reinó grueso mar de fondo. Los marineros nos dijeron que nunca habían navegado por aquellas latitudes con mares tan duros.

La noche fué infernal. Desde las once, en que llegamos á la vista de la bahía, hasta las ocho de la mañana, estuvo aguantando el buque. En dicha hora se clareó la cerrazón, aprovechándose para tomar el puerto, demostrando el capitán Perez sus relevantes dotes para el mando que ejerce y su gran corazón. Un buque francés que se encontraba fuera de la bahía no se atrevió á pasar la barra hasta después de estar en el canal del puerto el *Magallanes* con toda felicidad.

Ya dentro de la bahía presentóse el práctico, y bajo su dirección fondeamos á corta distancia del muelle.

La bahía no puede ser más hermosa ni más segura, pero el abandono en que se encuentra no puede ser tampoco mayor. Está defendida de todos los vientos, si bien su entrada es peligrosa en la baja mar para los buques de mucho calado, efecto de la barra que lo cierra. Oriéntase al Norte, y lo primero que se divisa desde el mar es el Castillo del Morro, situado á Levante, y la isla de Cabra, á Poniente, en donde todavía se observan los restos del vapor *Manila*, del Marqués de Campo, que varó hace tres años.

Al ver de lejos el Castillo del Morro, siente el español que por vez primera visita la isla una emoción vivísima. Nada tan natural: es un pedazo de tierra española separada de la madre pátria por el Océano Atlántico, y los que allí viven son hermanos.

La bahía tiene la forma de una herradura. El pueblo de Bayamón queda oculto tras una no muy elevada colina, al SO., y á distancia de cinco kilómetros. El río, que lleva el nombre de dicha población, es el enemigo más formidable que el puerto tiene, puesto que en las épocas de lluvia arrastra en sus grandes avenidas extraordinaria cantidad de arenas, que contribuyen á disminuir el fondo del canal.

San Juan de Puerto-Rico se extiende al Este y á continuación del Castillo del Morro, prolongándose hácia el Norte Sur del puerto.

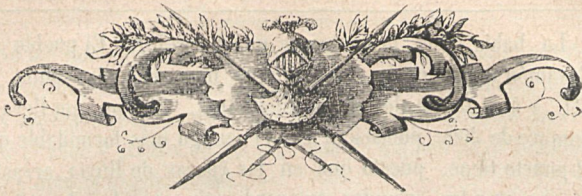
El aspecto de la población tiene todos los caracteres de las posesiones españolas, que están aprisionadas por fortalezas y defensas militares.

Los muelles son pequeños. Una línea roja marcada en las murallas indica que los edificios exteriores de la plaza no pueden tener mayor altura que unos cinco ó seis metros.

La Comandancia de Marina ofrece un panorama muy delicioso visto desde el canal de la bahía.

Desembarcamos á las once de la mañana.





VI.

Puerto-Rico.

Al pasar el recinto amurallado que aprisiona la ciudad y subir una pequeña cuesta, empiezan á verse calles muy extensas y perfectamente alineadas. Hay plazas bastante espaciosas y edificios verdaderamente notables, construidos todos ellos durante el reinado de Doña Isabel II. Sobresalen el cuartel de Ballajá, la Intendencia, la Capitanía general, el Instituto, la Casa de Beneficencia, el Consistorio municipal, el Teatro y el Hospital militar.

Entramos en la ciudad á la hora que más molesta el sol, por cuyo motivo apenas transitaban por la via pública otras gentes que las de color, así es que no podia ser para nosotros más extraño el efecto que nos produjo. Por cada persona blanca se veian 50 ó 60 negras, y por cada una de éstas diez ó doce muchachos del mismo color, casi todos á medio vestir y alguno que otro con el traje que en el Paraiso usó Adan antes de comer el fruto prohibido. Los padres se preocupan

poco de los trajes de sus hijos en los primeros cinco años, pues á la mayoría de ellos se les ve tan solo con una camiseta cuyo color armoniza con el de su piel.

El conocido comerciante D. José T. de Silva, consignatario de los vapores del señor Marqués de Campo, puso á nuestra disposición uno de sus carruajes, y merced á este acto de galantería, fácil nos fué en poco tiempo visitar lo más notable de la localidad.

Dejamos á voluntad del cochero, negro como el azabache —allí todos lo son— la ruta que habia de seguir para lograr el fin que perseguíamos, y no tardamos en vernos á la puerta del Hospital militar, piadoso establecimiento que fundó el obispo fray Gutierre de Cós. El Comisario de Guerra señor Gonzalez y Malo tuvo la atención de acompañarnos durante nuestra visita y de facilitar cuantos datos y antecedentes se le pidieron relativos al mismo. Había 104 enfermos.

En la sala de presos existían 14 de cirujía y 15 de medicina, é igual número en el departamento de pobres de solemnidad. Como la fundación fué civil, al incautarse el ramo de Guerra del edificio se comprometió á sufragar la asistencia de 30 enfermos paisanos que careciesen de recursos.

El cuidado de los enfermos está á cargo de 18 hermanas de la Caridad, auxiliándoles 32 presidiarios. La estancia diaria de cada enfermo cuesta al Estado 13 reales de vellón.

El edificio reúne condiciones higiénicas, y los alimentos y medicinas son excelentes.

Como dato curioso merece citarse el siguiente: observamos en el sitio donde se guarda la ropa de los enfermos pobres de solemnidad, que el que más, habia dejado en depósito una camisa y un pantalón. El núm. 1 tenia por todo equipo un mugriento sombrero de paja.

Junto al Hospital está la Casa Blanca, construida por Ponce

de León al posesionarse de la isla. En ella encuéntrase establecida la Comandancia de Ingenieros. Su jefe, el teniente coronel Laguna, nos enseñó lo poco que hay que ver en la dependencia de su cargo, efecto de las circunstancias especiales de aquel país, acerca de las cuales hablaremos más adelante.

Desde Casa Blanca nos dirigimos al cuartel de Ballajá, uno de los mejores de España. Hállase situado en un extremo de la ciudad. Su arquitectura es sencilla, pero el conjunto resulta grandioso, siendo sus condiciones higiénicas admirables. En todas partes hay luz y aire. Su capacidad es para mil hombres, y nunca se alojan más de ochocientos; lo contrario de lo que ocurre en los cuarteles de la Península, pues en los que cabe un batallón se colocan tres.

En el pórtico del vestíbulo se lee con grandes caracteres lo siguiente: «La milicia es una religión de hombres honrados. —Calderón.»

A la derecha encuéntrase el gabinete de asistencia facultativa y material sanitario, y al lado opuesto el cuarto de banderas, cuyo mueblaje es elegantísimo. Hay en él un teléfono.

Al pasar por la galería para entrar en la escuela se lee en una arcada la siguiente máxima de Napoleón: «Todo soldado lleva en su mochila el bastón de general.» La escuela es magnífica y está montada con arreglo al sistema pedagógico más adelantado; el maestro es un soldado con título profesional. Linda con la escuela el gimnasio, también muy bueno y espacioso.

La escuela de niños hijos de los oficiales es notable por más de un concepto, pero lo que más nos llamó la atención fué el Casino de sargentos. Ya lo quisieran tener tan bueno algunas sociedades de España. Hay en él pieza de conversación, sala de tresillo y biblioteca, donde no escasean los libros y los periódicos.

Los dormitorios están excelentemente acondicionados. El comedor se establece en las galerías de la planta baja. Todas las dependencias corresponden á la fama que goza el edificio, si bien dejan algo que desear los pabellones de oficiales. El cuartel se construyó durante los mandos militares de los generales Cotoner y Echagüe, corriendo la construcción á cargo de los ingenieros Sres. Soriano y Lopez Bago. El coste del edificio no bajó de 400.000 duros, no obstante estar presupuestado en 80.000.

Frente al Ballajá hállase la Casa de Beneficencia, y á ella nos encaminamos, acompañados de los Sres. Laguna, Gonzalez, Brockmann y Vidal. Este edificio, de moderna construcción, reúne especiales condiciones para el fin á que se le destina y fué construido en tiempo del general Mendez Vigo, bajo la dirección del ingeniero militar Sr. Cortijo. Proporciona albergue y educación á 150 niños y á 130 niñas.

El Manicomio ocupa la parte baja de dicho benéfico establecimiento. Existen en él 80 hombres y 67 mujeres en tratamiento, la mayoría pertenecientes á la raza de color.

Desde la abolición de la esclavitud ha disminuido considerablemente el número de negros que pierden la razón. Es un hecho innegable, y por eso le apuntamos, que algunos de ellos que recobraron sus facultades intelectuales cuando imperaba la esclavitud, pidieron con lágrimas en los ojos á los facultativos y á las hermanas de la Caridad que no dejaran de considerarles como enfermos, pues por todo querian pasar antes que convertirse nuevamente en esclavos.

La Diputación provincial costea el mantenimiento de dicho piadoso establecimiento.

Visitamos despues la Catedral. Su fachada y muros nada tienen que los señale como templo católico digno de ser visitado. Su interior tampoco sobresale por ningún concepto. Cualquier iglesia de la Península, de población mayor de diez mil almas, supera en gusto artistico á la Catedral de

Puerto-Rico. En una de sus capillas se venera el cuerpo sin cabeza de San Pio Magno, Mártir, extraído de las catacumbas de Roma y conducido á aquella Antilla en 1860, despues de haber permanecido algunos años en Barcelona. Para subsanar la falta de la cabeza se hizo una de madera, de autor desconocido, y es, según el artista D. Tomás Campuzano, una obra escultórica de lo mejor que se conoce.

La capilla en que se venera la Virgen de la Providencia, que es para los portorriqueños lo que la del Pilar para los aragoneses, la de Monserrat para los catalanes y la de los Desamparados para los valencianos, no corresponde, por su carencia absoluta de gusto artístico y por lo pobre de su decorado, á la devoción que se la tiene.

Ignoramos si, por ser hora de coro cuando visitamos dicho templo, ó por otras circunstancias, no habia en él más asistente que un mestizo, entrando un blanco cuando nosotros salíamos.

A pocos pasos de la Catedral se vé el Instituto de 2.^a enseñanza, que ocupa un edificio excelente. Fué fundado en 1882 gracias á la fecunda iniciativa del general Despujols, á quien debe la isla el fomento de la instrucción pública en todas sus ramificaciones.

Es director del Instituto D. Alberto Regulez. Hay inscritos 1.030 alumnos, de los cuales pertenecen á la enseñanza oficial 461, á la privada 433 y á la doméstica 136.

Están premiados con pensiones los escolares D. Pedro Carlos Timothee, D. José María Castro y D. José Contreras. El primero pertenece á la raza de color y es modelo de alumnos estudiosos y de jóvenes honrados. Merece y cuenta con las simpatías y con el apoyo de sus profesores y de la Diputación provincial, que le pensionó con 500 pesos anuales.

Basta conocer un rasgo del negro Timothee para apreciar las relevantes dotes que le adornan. Enterado el Sr. Guillermeti, farmacéutico de la localidad, de que los recursos que le

proporcionaban las lecciones que daba á domicilio no bastaban para atender á su subsistencia, le albergó en su casa, y cuando la Diputación pensionó á *Timothee*, éste apresuróse á relevar á su bienhechor de la carga que voluntariamente se había impuesto, rogándole á la vez dispensase su protección á otro desvalido.

Justo es consignar que el general Vega Inclán prestó su apoyo á dicho centro de enseñanza, como se lo presta el general Dabán, Capitán general á la sazón de la isla. A esta autoridad, así como á las demás de la capital, saludó oportunamente la Comisión española, recibiendo ésta á su vez pruebas de la excelente acogida que allí había tenido—como no podía menos de suceder—la idea generosa del ilustre Marqués de Campo.

Más aun que el Instituto, llena su objeto relativamente la Escuela profesional, debida también al general Despujols. La dirige un antiguo amigo y compañero nuestro, D. Aureliano Fernandez. Es muy reducido aún el número de alumnos. Estudian 15 el curso preparatorio y tres el segundo. Siguen la carrera comercial dos; la de maestro de obras seis; la de perito mercantil uno, y la de agrimensor otro.

La biblioteca del establecimiento cuenta con muchos volúmenes, á pesar del poco tiempo transcurrido desde que se creó. Concurrieron á ella durante el último curso 1.596 lectores, de los cuales apenas uno ó dos pasaron su vista por los libros que tratan de agricultura, no obstante ser Puerto-Rico una isla esencialmente agrícola.

En los dos últimos años se han invertido veinte mil pesos en aumentar el material de la escuela. Uno de los alumnos, el Sr. Callejo, es el primero que ha vestido en aquella isla la blusa del operario, y tiene felices disposiciones para las artes mecánicas.

Los gobiernos obran mal al no dar el carácter de estabilidad, de que allí carece, todo lo que es útil y provechoso.

Conocíamos al señor Obispo de Puerto-Rico, desde que realizó en el Sénado un acto de oposición al Ministerio, presidido por una de las glorias mayores de la política española, por el Sr. Cánovas del Castillo, y fuimos á saludarle. El docto y virtuoso Prelado nos recibió con la amabilidad que le distingue. El Ilmo. Sr. D. Juan Antonio Puig lleva 40 años de residencia en la isla y más de ocho de pastor eclesiástico. Con decir que es pobre, pobrísimo, quedan evidenciadas las virtudes que le adornan. Hace poco terminó su visita á los pueblos de su diócesis.

En los ocho años últimos se han registrado en dicha provincia eclesiástica 77.000 matrimonios y se han construido ocho iglesias. Actualmente se está edificando en San Germán, á sus expensas, un Seminario, en vista de que el de la capital no produce los resultados apetecidos. Dos terceras partes, por lo menos, de los pocos que aparentan tener vocación para seguir la carrera eclesiástica, la abandonan tan luego como han logrado, á costa del Obispo, el grado de bachiller, ó dias antes del destinado para la tonsura. De ahí la escasez de clero que hay en la isla.

Visitamos tambien la Biblioteca municipal, que cuenta con ocho ó diez mil volúmenes, todos ellos escogidos y coleccionados, la mayor parte de ellos, por su bibliotecario, cuyo nombre sentimos no recordar, por ser digno de aplauso su celo. Varios jóvenes aumentaban el caudal de sus conocimientos con la lectura de nuestros clásicos y de las obras que más fama han alcanzado en los tiempos modernos. En sitio preferente vimos colocado el retrato de S. M. el Rey D. Alfonso XII, cubierto con una gasa negra.

El Ateneo está en armonía con la importancia de la población, así como la Sociedad Económica de Amigos del Pais, en uno de cuyos principales salones ocupa lugar preferente el retrato al óleo de D. Alejandro Ramirez, Intendente que fué de la isla, nombrado por las Córtes de Cádiz, y que dejó impere-

cederos recuerdos de su inteligente y honrada administración. Su sistema económico, modificado, naturalmente, con las variantes que la experiencia aconseja, es el que desean ver planteado los habitantes de la isla.

El teatro de Puerto-Rico es de moderna y elegante construcción y tiene capacidad para unas mil quinientas personas.

En el centro de la plaza donde aquél se encuentra erigióse hace pocos años un monumento á Ponce de León, cuyas proporciones no guardan la debida relación artística entre el basamento y la estátua. O sobra piedra á la base ó falta metal á la estátua.

Es digno de visitarse, y por eso lo mencionamos, un case-rón llamado *La Filarmonía*, de la sucesión de Texidor, en el cual habitan de 60 á 70 familias de color. En cada cuarto, de cinco metros cuadrados, que se divide en dos departamentos por medio de una valla de madera, viven por término medio seis personas. Continuamente se ven, en el patio común de los vecinos, cuarenta ó cincuenta chiquillos de uno y otro sexo, desnudos la mayoría, descalzos todos y con una falda de percal encarnado, ó lienzo blanco, el mejor vestido.

En un mismo edificio, en un ex-convento, están establecidas la Audiencia, la Academia de alumnos militares, la Escuela para huérfanos de militares y alguna otra dependencia más.

Del Parque de Artillería mejor es no ocuparse, pues no queremos dar á los vientos de la publicidad la honda pena que á fuer de buenos españoles sentimos al visitarle.

En cuanto á la Comandancia general de Marina, se nos ocurre decir: ¡qué lástima que un marino tan ilustrado y tan digno como el brigadier Balbiani figure al frente de aquel departamento (?) marítimo! Y basta, que es más elocuente el silencio que todo cuanto pudiéramos decir sobre este punto.

Las principales casas de comercio están establecidas en las

calles de San Francisco y de la Fortaleza, que son las mejores, más rectas y niveladas de la población. El comercio de la plaza, sin dejar de ser importante, no lo es tanto como debiera atendida su situación geográfica. El día que un Ministro de Ultramar dirija una mirada compasiva á aquella región española y atienda las reclamaciones que la razón, la justicia y la equidad exigen de consuno, ese día será una fecha memorable para Puerto-Rico. Hay que salir de la tradicional rutina por que se rigen nuestras posesiones ultramarinas y variar esta funesta política por otra eminentemente colonial. Ya trataremos este punto más adelante con la detención que el asunto merece. Pero debemos consignar aquí que Puerto-Rico no tiene nada de rica, ni siquiera indicios de que pueda serlo en muchos años, no ciertamente por carecer de condiciones para ello, que las tiene sobresalientes, sino por un cúmulo de circunstancias que harto conoce el mundo oficial, pero que el eterno y laborioso expedienteo de nuestro país y la sensible frecuencia con que se cambian los ministros impiden que el progreso penetre en nuestras Antillas con la debida oportunidad.

Dos medidas, entre otras, pueden contribuir á levantar á Puerto-Rico de la anemia que lo consume; la limpia de su puerto y el derribo de sus inútiles murallas.

No se puede entrar en el puerto sin peligro cuando reinan tiempos duros, y aún en los bonancibles, buques del calado del *Magallanes* pasan rozando el fango del lecho del estrecho canal que señalan las boyas. Un detalle dará al lector una idea de los obstáculos con que allí tropieza toda reforma, aún la más insignificante. El propietario de uno de los muelles de madera pidió hace mucho tiempo autorización para reponer unas maderas podridas que amenazan el hundimiento de aquél, y pasan los días y los meses y los años transcurren y la autorización no se le concede, fundándose en las rutinarias disposiciones que sobre la materia rigen.

Las quejas contra las Comandancias de Marina y de Ingenieros son grandes, pero no son justas. La culpa está más arriba. Las autoridades hacen bien en mantener las leyes y los reglamentos vigentes y en no atreverse á proponer lo que estiman conveniente, porque hay precedentes de haberseles amonestado por permitirse hacer indicaciones sobre mejoras que la opinión reclamaba y merecian ser realizadas.

Justo es decir, porque así nos consta, despues de las averiguaciones que hemos creído oportuno hacer, que no es fundada la queja de Puerto-Rico suponiendo que los ingenieros militares son los que se oponen al derribo de las murallas y á las construcciones en las zonas polémicas. El brillante cuerpo de Ingenieros militares no puede oponerse, dada su ilustración vastísima, al derribo de murallas que, sin tener condición alguna para la defensa, aprisionan algunas de las poblaciones, sin dejarlas ensanchar como exige el espíritu moderno y reclama la higiene. El cuerpo de Ingenieros militares—no titubeamos en afirmarlo—vería con gusto que se modificase la complicada legislación actual, que, sobre ser larga y confusa, tiene el defecto de no ser compatible con las necesidades á que antes nos referíamos. Por otra parte, este cuerpo, como el de la Armada, no es más que fiel cumplidor de las leyes y no tiene poco ni mucho que ver con aquellas trabas que lamenta, y que por cierto hacen que cargue con odiosidades que no merece. Que las leyes obedezcan á un espíritu más amplio y á ellas se atenderá con mucho gusto.

Antes de dar por terminado este capítulo, digamos algo sobre la situación geográfica y política de San Juan de Puerto-Rico. La capital de la isla está situada hácia los 18° de latitud N. y los 62° de long. O., y la isla entre los 17° y los 18° de lat. N. y 61 y 63 de long. O., y está bañada al N. por el Atlántico y al Sur por el mar de las Antillas. Tiene 140 kilómetros de extensión y la cruza una cordillera de mediana altura. Su suelo es fertilísimo y produce en abundancia todos

los frutos coloniales. Dicha isla fué llamada por los naturales Borigua. La descubrió Colón en 1493 y la conquistó el adelantado Juan Ponce de León, á costa de rudos combates y esforzadas fatigas, venciendo al fin á los naturales, que se defendieron con un denuedo y bizarría que hizo honor á su raza, ya que preferían morir en el combate á rendirse. Los ingleses, mandados por el conde de Cumberland, la tomaron á fines del siglo XVII, pero se vieron obligados á abandonarla.

La política fué local en Puerto-Rico hasta el período de la revolución, pero desde aquella fecha ha ido reflejándose la política de la Península aún en lo que se refiere á las disidencias de los jefes de los partidos. Esto no obstante, une á la inmensa mayoría de los portorriqueños el sentimiento de amor á la patria. En el poco tiempo que en la isla permanecemos, formamos la persuasión de que ningún riesgo corre la integridad del territorio con la aplicación de reformas bien meditadas en armonía con las exigencias de los tiempos modernos. Obrando con tacto y con previsión se pueden evitar graves contingencias para el porvenir.

No nos extendemos aquí en las consideraciones que se desprenden de este aserto, porque pensamos hacerlo con detenimiento al ocuparnos de la situación política y económica de Cuba, expresando nuestra opinión franca y leal, que podrá ser equivocada, pero que nadie nos hará la injusticia de creer que obedece á otros impulsos que los de ayudar de la manera que consideramos más conveniente y más patriótico á que no dejen jamás de ser españolas las Antillas, que no hemos perdido aún á pesar de nuestra desastrosa política ultramarina.

Están en un error crasísimo los que suponen que en aquella isla abundan los separatistas. No llegan á 30 en un territorio de 800.000 almas. Los más exigentes se darían por satisfechos con que se aplicasen los derechos políticos y civiles que disfruta la Península. ¿Piden algo que no sea justo, razonable, atendible? De ningún modo.